

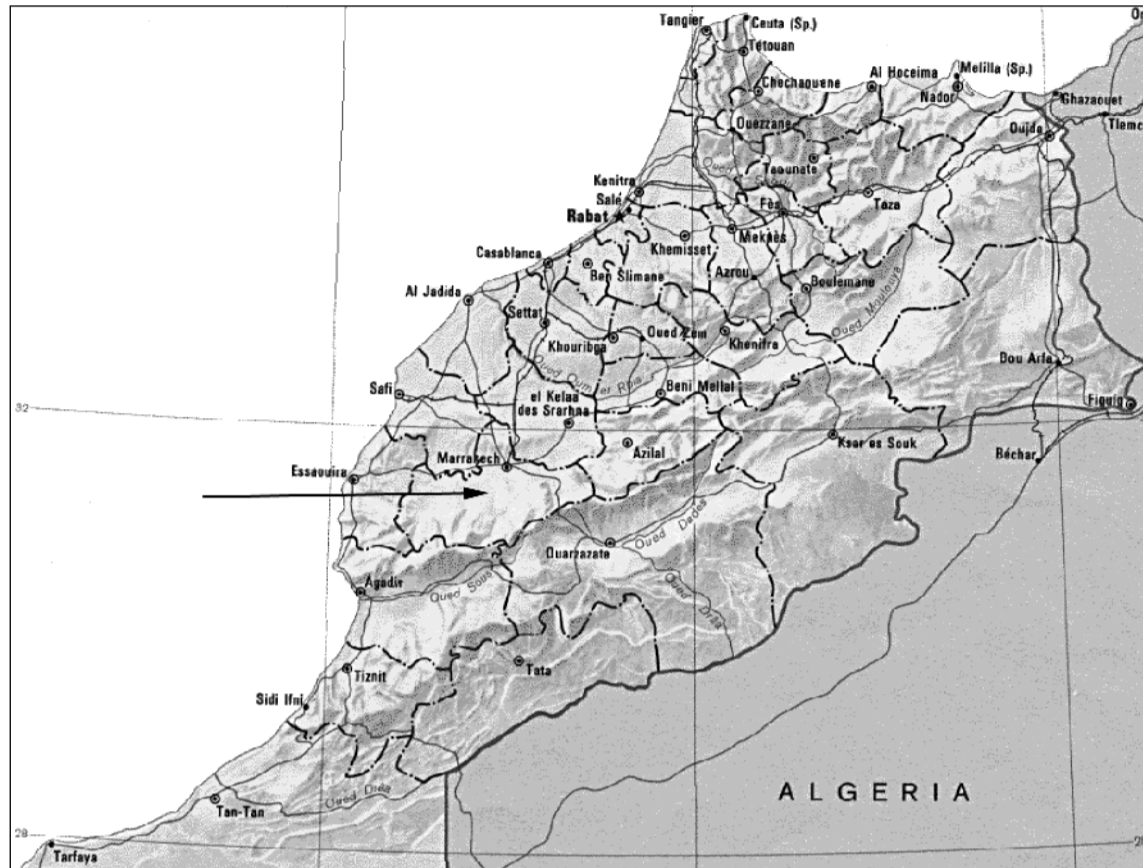
En moto

Accidente en el Valle del Ourika, Marrakech

■ *Carlos Mondéjar Otero*

Acompañado llegué a Marrakech en verano, de vuelta de Sidi Ifni, y, esperando el recibo de un giro postal allí instalados por unos días, en uno de ellos salimos otro y yo hacia el Atlas, en la XT - 600 en que llegué con la primera, y que a este otro, de menor edad y genio que la anterior, le gustaba sobremañera, y más, que sabía manejarla, según dijo, por haber catado con anterioridad la de otro turista igualmente acompañado, de más ventaja en años él, y en cilindrada ella, y que, al parecer, fuera o menos de emoción la experiencia, había terminado en paces, regalos y despedidas, sin mayor perjuicio de la condición de ella, la cual, tras de un uso por varias horas, no se resintió mayormente de abuso alguno, según parece.

Y así, no siendo en exceso celoso y sí un tanto de muda fácil, le cedí mi montura, con el resultado del corto disfrute de ambos y de la gran ruina de ella, como bien se pudo comprobar, y yendo yo detrás, por no haber otra donde subirse y por ver del tacto que él se procuraba en el asunto, que no fue bastante para girar lo suficiente allí donde la carretera decidía desatender la línea recta por no molestar al río, con el pronto resultado de invasión del arcén, donde no faltó gravilla, y posterior crujido y descoyunte de la moto toda, al arrastrarse sobre el asfalto por espacio de unos metros con total ahorro de ruedas; y grande debió de ser el ardor del tal rozamiento para que la pobre saltase hasta la fresca agua del río, mientras nosotros, tras haberla acompañado en su exploración del ras del suelo, quedábamos tendidos en él, uno tan sólo con magulladuras y arañazos varios, a más de la cara de pánico que incluso a través de la visera del casco se traslucía, y servidor sin otro daño que un corte en la pernera izquierda del pantalón, a altura de la rodilla y llevándose no poca sustancia de ella, a juzgar por el globillo de color ambarino que asomaba en la herida por sobre el hueso rótula, que tan claro se veía como que era de día en la mala hora del accidente, hostiazo, piñazo, o jetón, según las entendederas o la calidad de quien se represente la escena descrita. Con todo, conseguí arrastrarme aún, si bien ya por propio esfuerzo, hasta el cuerpo tendido del airoso piloto, por ver de retirarle el casco que él mismo no acertaba a desenganjar de su obtusa cabeza, hecho lo cual, una vez comprobado que de todas partes se movía sin mayor dificultad, y tras quitarme yo el mío -que siendo alemán, y



La flecha indica la situación del Valle del Ourika, junto a Marrakech

BMW para más señas, bien protegió a mis quijadas del abandonarme allí con grave aumento de mi ya lastimoso aspecto-, extendí luego el brazo hacia un grupo de lugareños de más que mediana edad que se habían acercado hasta allí, si es que no estuvieran antes, con intención de recabar auxilio para incorporarme sobre la otra pierna; y así pareciera que pedía limosna de algún duro suelto como quedé esperando que alguna mano amiga me ayudara en el intento, estándose todos en mi observación con aquel pasmo que me figuro debe de sentirse ante la aparición de un extraterrestre procedente de otros cielos menos piadosos. En pie me puse, no obstante, mientras el colega continuaba confirmando por el suelo de los delicados rasguños sufridos un poco por todas partes, y en esa situación aproveché de mi precario equilibrio para hacer señas desde el arcén a cuantos automóviles pasaron luego por delante, pues de los que antes lo hicieron, si hubo alguno, no lo vi ni se detuvo, y de los que luego sí vi, que fueron al menos cinco o seis, todos nos ignoraron, o, fingieran hacerlo, el resultado fue el mismo. En resolución, con la rodilla amenazando vaciarse del lubricante que le asiste, y tomada ya conciencia del general panorama, vime en la precisión de situarme en pleno centro de la calzada para obligar a detenerse al siguiente coche que se acercara, fuera del color que fuese; y quiso la suerte que fuera, y ocupado por tres españoles, de Madrid, y médicos por

añadidura, que nos hicieran plaza enseguida en el vehículo no sin antes colaborar en la retirada de la Yamaha de la orilla del río, hasta donde ya había sido trasladada desde su centro por unos muchachos, bajo las indicaciones del guardés de una mansión de allí vecina. Este amable vigilante, encargado de la villa, la

“... esquirra de gravilla que, incrustada en el frontal de la rótula, conservo todavía, como recuerdo y prueba fehaciente de que la piedras no se dejan absorber por el hueso humano”.

cual pertenecía a un extranjero sin duda amante de las excelencias del Valle del Ourika, nos entregó un papel con su teléfono y garantizó la custodia de la retorcida moto durante el tiempo necesario, en el garaje de la vivienda. Con todo ello organizado en un tiempo récord, subimos en el coche de los médicos y así nos llevaron hasta un hospital público de Marrakech, al cual llegamos caída de la noche, y donde nos despedimos de nuestros benefactores no sin que antes se ofrecieran a llamar por teléfono, si había necesidad, donde les indicásemos, e insistir en que no dejásemos de pedirles cualquier otra cosa que a su alcance estuviera: gracias, no esperaba menos; y sí en cambio

más de todos los otros, que no pararon.

En esto, un celador del hospital puso a disposición una silla de ruedas donde me senté a esperar al médico de servicio, que se tardó un tanto pero finalmente compareció, y presto a solicitarme documentación y papeles varios, requisitoria ésta que fue rápidamente atendida con un levantamiento del siete del pantalón y una indicación comentada del lugar del desastre, ante lo cual, y seguramente ayudado por una pésima pronunciación del francés que dejara bien a las claras mi española procedencia, el facultativo dispuso con prontitud mi traslado a la sala de rayos X y el posterior vendaje de la herida por un enfermero, previo abundante riego con el socorrido Betadine y limpieza que, pareciéndome escrupulosa, no lo fue tanto que reparase en una pequeña esquirra de gravilla que, incrustada en el frontal de la rótula, conservo todavía, como recuerdo y prueba fehaciente de que la piedras no se dejan absorber por el hueso humano, a lo menos en mi caso. Rechacé la sutura a pesar de la insistencia del enfermero en estos puntos, por considerar que, dada la amplitud del corte, y a falta de Trinitarias, el zurcido tensaría tanto la piel que impediría la flexión de la pierna, de modo que, entre protestas por su parte y apretura de muelas por la peor que a mí me tocaba, rellenamos el orificio con pomada antibiótica, y así quedó zanjada la discusión y vendada la herida, no habiendo hueso roto.

Agradecí de palabra y con unos dirhams, como es costumbre, la labor del enfermero, ya que, como corresponde a todo servicio prestado que no lo sea tan sólo de boquilla, no se me solicitó pago alguno por el mismo. De esa guisa, pues, quedé en Marrakech el tiempo preciso para recomponer mis asuntos dinerarios, solicitando transferencia del Banco Santander de Melilla hacia uno de los que en la ciudad había con posibilidad de recibirlo, movimiento éste que se realizó en el día por parte de la entidad melillense, pero que en la de Marrakech aseguraban no haber recibido aún durante los diez días posteriores al envío; durante los cuales fui objeto y testigo, una vez más, de la proverbial hospitalidad de las gentes más sencillas, que, con poco tener, todo lo dan con desenfado, incluso el crédito sin interés, como el que así obtuve de 50 dirhams (menos de 1000 pesetas al cambio, año 1992), con el cual pude desayunar, comer y cenar, e incluso fumar algo, durante los dichos diez días que tardó el banco local -en el cual me presentaba a diario con un par de muletas que ya no recuerdo dónde ni cómo conseguí- en reconocer la llegada de la transferencia, cuya fecha impresa en el documento daba fe de su recepción sólo dos días después del mandado.

A dirham con veinte céntimos (17 pts.) el zumo de naranja de cuarto litro recién exprimido; dos dirhams (28 pts.) el café con leche; dirham y medio (21pts.) el bocadillo de media torta de pan con huevo cocido, aceite de oliva, sal y comino; dirham con treinta (18 pts.) el cuenco de harera o de beisara; y otros similares de no menor gusto y parecidos precios, en Djema-el-Fnaa se podía sobrevivir, y cómo. Así, una vez quedó claro que uno había pasado de la condición de turista a aquella más cercana de pobre de necesidad, Marrakech lo ofrecía todo, como siempre, pero a mejor precio: cercano a aquel que realmente vale lo que a otros más les cuesta. Había incluso un lugar donde pernoctar al abrigo y cuidado de una anciana, en cuyo local se podía hacer uso de una manta sobre el suelo y de otra sobre uno por la módica cantidad de 5 dh., aunque no precisara yo de tales servicios de emergencia, dado que el gerente de un hotelito aledaño a la Plaza, en el que ya estábamos instalados antes de mi partida hacia el descalabro, fió en mí y no tuvo prisa en el cobro de la habitación, que seguí ocupando durante la espera, máxime cuando en el hotel se encontraba guardada la pareja de la XT, una